

# Economía y buenas intenciones

Fernando Gómez-Bezares\*

## Introducción

**E**S frecuente, en la vida profesional, que nos encontremos ante situaciones en las que nuestros conocimientos nos indican una cosa, mientras nuestros sentimientos desearían otra. Cuántas veces el médico desearía poder decir a su paciente que va a superar su enfermedad, y en ocasiones lo hace con una mentira piadosa, aun sabiendo que el proceso no tiene solución; o el arquitecto querría que una casa pudiera seguir albergando a sus moradores, cuando su estado amenaza ruina. En estos y en otros muchos casos, entendemos que una cosa son nuestros nobles deseos y otra la cruda realidad. Si necesitamos construir un puente, y tenemos unas vigas insuficientemente resistentes, no se nos ocurre descalificar a un ingeniero que nos avisa de esta circunstancia, por mucho que nos contraríe. La física, la biología, tienen unas leyes que es bueno conocer, y a su estudio se dedican muchas personas; aplicando lo que hemos aprendido, vamos consi-

\* Catedrático de Finanzas en la Universidad de Deusto. Bilbao.

guiendo que nuestros conciudadanos mejoren su calidad de vida. Conforme la ciencia y la técnica van avanzando, podemos solucionar problemas que antes nos parecían inabordables, pero también somos conscientes de que, en el estado actual del conocimiento, hay dificultades que sabemos superar y otras que no.

En economía las cosas, en ocasiones, no se ven tan claras. Ante las medidas que el economista aconseja suele haber una notable desconfianza; ésta, en parte, está justificada por los errores que históricamente hemos cometido; para otros, nuestra ciencia resulta prácticamente estéril, resumiendo su pensamiento en una frase ingeniosa: los economistas influyen tanto en la economía como los meteorólogos en la situación meteorológica. Estas críticas tienen su parte de razón, pero tampoco sería justo, ni conveniente, absolutizarlas; es cierto que los economistas cometemos errores, que nuestra ciencia es todavía joven, pero hay bastantes cosas que ya sabemos con mucha claridad, y aunque no tengamos la precisión de los físicos (la nuestra es una ciencia social), podemos aportar soluciones para bastantes problemas económicos. Pero hay otra dificultad: con frecuencia se supone que detrás de las soluciones propuestas por el economista está la defensa de unos determinados intereses. Cuando se exige, por ejemplo, el control del déficit público, lo que implica una política de austeridad desde la Administración, algunos piensan que se está trabajando en pro de los grupos más favorecidos, olvidando a las clases marginadas de nuestra sociedad; y esto no es necesariamente así. Quizá por todo lo anterior existen demasiadas personas, tan bienintencionadas como ayunas de conocimientos económicos, que, al hablar de economía, se permiten hacer afirmaciones de dudoso valor científico, pero que suenan bien.

### No valen las soluciones fáciles

**MUCHAS** pueden ser las motivaciones de un individuo a la hora de estudiar economía, pero quizá sorprenda a más de uno la confesión del famoso economista británico Alfred Marshall: «Me decidí a estudiar a fondo la economía política tras dedicar mis vacaciones a visitar los barrios más pobres y mirar las caras de sus gentes». Los economistas nos enfrentamos ante un drama social: la pobreza, la desigualdad; en definitiva el problema es crear más riqueza y repartirla mejor. Es cierto que desde la época de Marshall (a caballo entre los siglos XIX y XX) hemos mejorado bastante, y los niveles de riqueza y de igualdad en Europa occi-

dental han avanzado considerablemente, pero todavía nos queda mucho por hacer, incluso dentro de nuestra opulenta sociedad occidental. El drama es todavía más evidente si miramos a nuestro pequeño planeta y a sus 6.000 millones de habitantes: ¿cuántos hay en situación de miseria?, ¿cuál es el nivel de desigualdad entre ricos y pobres? Una respuesta sincera a estas preguntas resulta descorazonadora. Creo que si nuestros padres y nuestros abuelos han sido capaces de conseguir que los niveles de riqueza e igualdad hayan mejorado notablemente durante el siglo XX en nuestro entorno más próximo, será responsabilidad nuestra y de nuestros hijos conseguir extender ese relativo bienestar al conjunto del planeta: ése es, en mi opinión, el gran reto económico del siglo XXI.

Esto es especialmente exigente para el economista católico: si la pobreza interpela la conciencia de todos, para el economista creyente buscar solución para la pobreza del prójimo debe ser su principal motivación. Muchos son los testimonios de importantes economistas que se mueven en esta línea.

A la vista de lo anterior ¿no es un poco ridículo que personas llenas de buenas intenciones, pero con escasos conocimientos de economía, pontifiquen sobre cómo solucionar esto o aquello? O piensan que los que nos dedicamos a esta profesión somos muy poco inteligentes, y por eso no encontramos una solución que es obvia para una mente despejada, o piensan que somos malos, y conociendo la solución no la explicamos. Así, es frecuente, por ejemplo, que algunos políticos expongan en sus campañas electorales recetas simplicísimas sobre cómo resolver los problemas: para disminuir el paro basta con reducir la jornada de los que trabajan, para mejorar en igualdad hay que subir los salarios más bajos y los impuestos sobre los que más ganan, para que vivan mejor los ancianos hay que subir las pensiones, para evitar arbitrariedades hay que prohibir el despido,... dando la impresión de que en el momento que estas recetas se apliquen se resolverán los problemas. Para muchos, tan brillantes ideas no se han puesto en práctica hasta ahora por la presión que ejercen los poderosos, que verían disminuidos sus privilegios si se aplican medidas como las anteriores. Y no digo que alguna vez no haya podido suceder así, pero en muchas ocasiones la aplicación de tales medidas ha creado serios problemas.

Pensemos, por ejemplo, en la tan comentada reducción de jornada: ya que no hay trabajo para todos, repartamos el trabajo existente; trabajemos menos horas para trabajar todos. Parece que se ha descubierto la cuadratura del círculo: mejoran los que trabajan al trabajar menos y los que no trabajaban al poder trabajar. La realidad dista de ser tan sencilla dado que, además de que en determinados trabajos su reparto no es fácil, aparecen problemas

de competitividad: si mantenemos los sueldos trabajando menos horas los costes unitarios suben, lo que, en una economía globalizada, hace a nuestras empresas menos competitivas; esto puede llevar al cierre de las empresas y a aumentar el paro, que es precisamente contra lo que se estaba luchando. Podríamos hablar de reducción de jornada con reducción proporcional de salario, lo que en muchos casos sería perfectamente factible (en la línea de los contratos a tiempo parcial), pero esto es menos popular.

Poca gente se plantea que la reducción de jornada con mantenimiento del salario, o el aumento de los salarios más bajos (como la subida del salario mínimo), es decir, el aumento del coste de la hora trabajada puede tener efectos perversos sobre los menos favorecidos (aquellos a los que se pretendía ayudar). En efecto, tal aumento de coste puede llevar a que se prefiera sustituir la mano de obra menos cualificada por una instalación (recordemos cómo han ido desapareciendo los porteros en las fincas urbanas, y pienso que en tal desaparición ha tenido mucho que ver una regulación laboral que supuestamente los protegía); por otro lado, aquello que producen los trabajadores menos cualificados, frecuentemente, se puede producir en países menos desarrollados, y a precios menores; si encarecemos este tipo de mano de obra ¿no la estamos condenando al paro? La mejora de los menos favorecidos no está, en mi opinión, en las recetas fáciles: obligar a que les paguen más, sino en hacerlos más competitivos «formándolos».

Esto es algo parecido a cuando el médico nos dice que para adelgazar hay que hacer ejercicio, comer menos, y además privándonos de lo que más nos gusta. Lo ideal sería una pastilla maravillosa, que sin ningún efecto indeseado nos ayudara a perder esos kilos de más, pero el camino correcto para conseguirlo es más sacrificado.

En economía hay leyes, como en cualquier otra ciencia, y tratar de violarlas es simplemente absurdo. Si nos equivocamos en los cálculos y se nos hunde un edificio, no se nos ocurre echar la culpa a la ley de la gravedad, sino al que ha hecho los cálculos; ¿por qué no actuamos igual en economía?

También es cierto que no siempre los economistas hemos estado de acuerdo sobre las medidas a tomar y se han propuesto, con frecuencia, soluciones radicalmente diferentes; esto tampoco es tan raro en otras ciencias, y todos hemos tenido alguna experiencia de cómo diferentes médicos proponen, en ocasiones, tratamientos dispares. Lo que no cabe duda es de que las ciencias avanzan, y poco a poco vamos poniéndonos de acuerdo sobre cómo actuar ante determinados problemas. Recordemos lo que ha sucedido con las nacionalizaciones: hasta hace no muchos años bastantes economistas defendían la gestión pública de las empresas, desde los que entendían que una

economía totalmente estatalizada, como sucedía en los países comunistas, era una excelente idea, hasta los más moderados socialistas occidentales, que se conformaban con que el Estado fuera el primer empresario, pero aceptaban las empresas privadas; esta situación ha cambiado y, sobre todo tras el fracaso económico de los países comunistas, es difícil defender que el Estado debe ser un gran empresario.

Hoy hay bastante consenso sobre que un mercado, con una cierta intervención del Estado, es la mejor solución que conocemos. Por supuesto que es posible encontrar un economista que nos siga defendiendo recetas fuertemente intervencionistas o incluso las nacionalizaciones, también podemos encontrar un médico que nos recete una píldora maravillosa que va a resolver todos nuestros males, pero ni el uno ni el otro llevan razón.

Lo lamentable es que en economía haya tantos dispuestos a defender soluciones simplistas e ineficaces, movidos en muchas ocasiones por las mejores intenciones. He hablado antes de los políticos, pero lo mismo se podría decir de muchos intelectuales o de bastantes clérigos. Algunos sermones dominicales o algunas cartas de nuestros obispos contienen afirmaciones insostenibles económicamente. Como me decía un buen amigo jesuita experto en economía, hablando de estos temas: «¿Pero el obispo sabe algo de esto?».

## El mercado puede llevarnos al bienestar

EL gran reto del economista católico es la búsqueda de mecanismos eficaces y justos de creación y reparto de la riqueza. Para conseguirlo ha de actuar científicamente, sin prejuicios. Hace algo más de diez años tuve la gran fortuna de convivir durante unos días con Ignacio Ellacuría y el resto de sus compañeros jesuitas en El Salvador (recientemente hemos recordado su martirio en su décimo aniversario). La situación en El Salvador era complicada, el país estaba prácticamente en guerra civil, y la injusticia económica era patente. Ellacuría me había invitado a impartir un curso de finanzas en su universidad, y tuve ocasión de contrastar con él y con sus compañeros cómo nuestros objetivos en el campo económico eran comunes: crear riqueza y distribuirla de manera más justa; sin embargo yo pensaba que un mercado correctamente regulado (muy diferente al que allí veía) era la mejor solución, lo que ellos no veían nada claro. Recuerdo una frase de Ellacuría: «Tú eres el economista, te hemos traído para que expliques lo que tú crees que se debe hacer».

Para crear riqueza el mercado se ha demostrado como un instrumento eficaz; para comprobarlo basta con comparar el grado de desarrollo alcanzado por las economías occidentales frente al de las antiguas economías comunistas. Para justificar este éxito podemos recordar la «mano invisible» de Adam Smith: los que actúan en el mercado tratan de conseguir su propio beneficio ofreciendo productos mejores y más baratos que la competencia, para conseguirlo se esfuerzan en hacer bien su trabajo, utilizando óptimamente los recursos disponibles, puesto que es la única manera de resultar competitivos, el resultado de esta manera de actuar, aunque no lo buscan, será que los recursos de la sociedad estarán óptimamente asignados con el consiguiente beneficio para el conjunto.

Evidentemente este razonamiento no nos debe llevar a la conclusión simplista de que el mercado lo resuelve todo en economía, es necesaria también una actuación de la autoridad económica que proporcione todos los bienes que el mercado no ofrece en condiciones correctas (seguridad, justicia, obras públicas, etc.), que evite las posiciones de privilegio (prohibiendo prácticas monopolísticas y oligopolísticas o el uso de informaciones privilegiadas, evitando abusos y fraudes, etc.) y establezca regulaciones adecuadas, que actúe incentivando determinadas actividades (como la investigación) y favorezca la marcha general de la economía, y que, de manera muy especial, establezca mecanismos correctos en la distribución de la renta mediante el sistema fiscal y los sistemas de gasto redistributivo (educación, sanidad, pensiones, etc.).

La experiencia de la Europa occidental nos indica que un mercado, con las adecuadas correcciones, puede llevarnos a unos altos niveles de vida con unos niveles de desigualdad soportables, aunque todo es mejorable. Las experiencias con modelos radicalmente distintos, como lo que sucedió en los antiguos países comunistas, no han funcionado. Con todo soy consciente de que el modelo, tal como lo he bosquejado, queda muy abierto, y podríamos discutir el grado de control que la Administración debe tener sobre el mercado o la fuerza de la política redistributiva. Cada uno de estos temas nos puede llevar a una larga discusión o, mejor, debe provocar una profunda reflexión; en efecto, el aumento de controles disminuye los abusos y los fraudes pero la burocratización resta agilidad al mercado, una redistribución más fuerte evita injusticias pero desincentiva a los más productivos y puede paralizar a los más pasivos, y así podríamos seguir razonando. Lo importante es que afrontemos los temas con la máxima objetividad posible, sin tabúes. Por poner un ejemplo: pienso que garantizar la sanidad y la enseñanza para todos los españoles es un avance irrenunciable de nuestra sociedad, pero eso

no quiere decir que tenga que ser el Estado el que preste esos servicios, puede que ése sea el mejor sistema o puede que no, bastando con que el Estado los financie.

Si el mercado ha demostrado ser un sistema eficaz para la creación de riqueza, aprovechemos toda su potencialidad, y apliquemos los mecanismos correctores correspondientes, pero sería absurdo enfrentarnos frontalmente a su lógica: en primer lugar porque no tiene sentido enfrentarse a algo que tiene muchas cosas positivas, en segundo lugar porque en una economía globalizada enfrentarnos al mercado nos llevaría al fracaso; si nos empeñamos en cobrar muchos impuestos provocaremos una huida hacia paraísos fiscales, si tenemos una regulación muy rígida del mercado laboral las empresas emigrarán hacia latitudes más permisivas, etc. Eso no quiere decir que no podamos hacer nada, tenemos que esforzarnos en mejorar el sistema actual, pero hay que medir los pasos que damos, y seleccionar las políticas más adecuadas en cada caso.

Un camino de mejora de nuestro sistema es inculcar valores como la igualdad o la solidaridad en nuestra sociedad. Tendrán que ser los ciudadanos los que exijan a los poderes públicos el que impulsen un sistema cada vez más eficaz y más justo, pero la Administración no puede hacerlo todo y cada vez es más necesaria la implicación de la sociedad civil y de cada uno de sus miembros. Por otro lado está el gran reto de mejorar los niveles de vida de los países menos desarrollados, para lo que me parece imprescindible un gran acuerdo mundial que, instaurado como autoridad económica, realice a nivel planetario las funciones correctoras antes citadas, que los estados han venido realizando a nivel nacional.

## Conclusión

**T**AL como dice Luis González-Carvajal en su obra *Ideas y creencias del hombre actual*, el diálogo entre fe y cultura implica la «inculturación de la fe» y la «evangelización de la cultura». A nivel económico esto puede interpretarse viendo que el mercado (cultura económica actual) es compatible con la fe y que no hay que renunciar a sus valores positivos por ser creyentes. Luego viene la evangelización de la cultura económica, mostrando un camino de perfección dentro de nuestra cultura actual.

Algunos cristianos, al posicionarse contra el mercado, recuerdan al Papa Pío IX, que en el siglo XIX se opuso al liberalismo. Cuando algunos de nues-

tros pastores condenan las prácticas del mercado con muy poco conocimiento de las mismas se están situando fuera de la cultura actual. Paradójicamente, un autor con el que comparto muchos puntos de vista como es González-Carvajal, en la obra citada, cuando habla del capitalismo, utiliza todos los prejuicios clásicos haciendo una caricatura del mismo: más que hablar de capitalismo habla de su patología. Eso es lo que tenemos que superar para recomponer el diálogo entre fe y cultura económica.